

GABRIEL JACKSON

PRESENTACIÓN POR NICOLÁS GONZÁLEZ LEMUS
SALÓN DE ACTOS DE CAJACANARIAS. SANTA CRUZ

Constituye un auténtico privilegio para el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias y CajaCanarias contar con la presencia del profesor Gabriel Jackson en tierras isleñas. El 12 de octubre vino a impartir la lección inaugural del curso 2003-2004 del Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias, que a su vez está conmemorando su 50 Aniversario, insertada dentro del ciclo de hispanistas que iniciamos con Henry Kamen, le siguió John Elliott y Joseph Pérez y termina en diciembre con Bartolomé Bennassar.

El profesor Jackson, nacido en Nueva York en el primer cuarto del siglo XX, se empezó a interesar por España cuando aún era estudiante y gracias a una beca pudo trabar contacto en México con parte del exilio español. Desde esos momentos se ha dedicado casi exclusiva a los temas de España y el mundo hispano. Profesor de la Universidad de California, ha impartido clases en la Universidad Complutense de Madrid, así como cursos en otras instituciones académicas. Desde hace 20 años reside habitualmente en Barcelona, como él mismo dice, cumpliendo un deseo desde que comenzó su acercamiento a España. Ha recibido distinciones, honores y premios diversos por las universidades de Harvard, Stanford, Toulouse y hace pocos meses ha sido galardonado con el premio Elio Antonio de Lebrija que concede la Universidad de Salamanca, por el que se reconoce la labor desarrollada, tanto por personas como por instituciones extranjeras en pro del estu-

dio y de la difusión de la cultura española. Actualmente es profesor emérito de la Universidad de California.

Ha participado con sus trabajos en numerosas antologías, revistas especializadas y prensa diaria y entre sus libros de historia destacan: *Introducción a la España Medieval*, *Aproximación a la España Contemporánea*, *La República y la Guerra Civil*, *La Guerra Civil Española*, *Cataluña republicana y revolucionaria*, *Entre la reforma y la revolución*, *la República y la Guerra Civil*, *La Guerra Civil española: antología de los principales cronistas de guerra americanos en España*, *Orígenes de la guerra fría*, *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*. Recientemente ha publicado *Memoria de un historiador*, donde repasa su trayectoria vital, desde los tiempos de la lucha por los derechos civiles en EE.UU., hasta la España de las autonomías, pasando por su estancia en México. En su amplia bibliografía figuran también novelas como *A pesar de los pesares* y *El difunto Kapellmeister Mozart*.

Las aportaciones del profesor Jackson han sido decisivas para entender mejor las realidades históricas de buena parte del siglo XX español, no sólo por lo que se refiere a los contenidos sino también por la metodología y las fuentes utilizadas para su elaboración, abriendo nuevos cauces por los que han discurrido los jóvenes investigadores españoles.

Probablemente esté cansado de oír que hay un antes y un después de su famoso libro *La república española y la Guerra Civil*, pero que duda cabe que cuando llegó a las manos de los lectores españoles ávidos de



Entusiasmo popular tras la pacífica proclamación de la Segunda República. Fotografía de Piortiz, Madrid, 14 de abril de 1931. Colección Monasor

publicaciones sobre el aún desconocido alzamiento militar contra la legítima II República española supuso un encuentro novedoso con el período histórico más negro de la historia contemporánea de España. En efecto, en esta obra reúne una serie de trabajos centrados sobre esta crucial etapa de la república y la guerra civil española valiosos para el lector interesado en el tema y para el estudioso sistemático del mismo. Tuvo que morir el dictador general Franco para ver la primera edición en España en 1976. Así pues fue, es y será inevitablemente uno de los libros fundamentales de la historiografía de siglo XX en España.

Si en aquella ocasión del 12 de octubre el profesor Jackson nos habló de los éxitos y problemas de los 25 años de Democracia en España, hoy nos hablará de Juan Negrín López, nuestro paisano que siendo de familia profundamente religiosa salió de las islas con convicciones republicanas enarbolando la bandera de la “libertad, igualdad y fraternidad”. No era

para menos en cualquier persona con cierta sensibilidad social y política, dada la realidad de Canarias que conoció. En 1860, el 86,99 % de la población canaria no sabía ni leer ni escribir. La situación pareció haber mejorado un poco a lo largo de las siguientes décadas, lográndose reducir de esa manera el porcentaje hasta el 80,08 % en 1887. Pero, todavía en 1892, año de su nacimiento, la enseñanza de los primeros años en las islas estaba «descuidadísima», según la prensa local. El analfabetismo rozaba entre el 70 y el 80% en las Palmas de Gran Canaria, mientras en Santa Cruz el índice era del 71,41%. La situación en los pueblos era penosa, por poner unos ejemplos en Santiago del Teide el nivel de analfabetos alcanzaba el 96,28 por ciento y en Los Realejos alcanzaba el 92,5 por ciento.

La Iglesia, intolerante y enemiga de todo forma de pensamiento liberal, fiscalizaba la enseñanza a todos los niveles, de tal manera que la instrucción se regía conforme a la doctrina de la religión católica.

Este privilegio suponía un atraso y distanciaba a las islas de toda posibilidad de modernidad.

El caciquismo, como la única forma de control del poder que se conocía, el paupérrimo estado del pueblo, rozando la miseria como forma de vida, especialmente el campesinado, la mendicidad, la intolerancia, la emigración de las capas más desfavorecidas, el inmovilismo, la corrupción de la administración, la ausencia de políticas sociales, etc., hacían de las islas terreno abonado para la proliferación de las ideas progresistas. Una situación social y política que perduró hasta bien entrado el siglo XX.

En todo momento Juan Negrín estuvo comprometido con la defensa de los trabajadores y los más desfavorecidos de la sociedad. La Jefatura del Gobierno de la II República española obtenida en 1937 la supo defender sin lagunas ni miedo en su exilio, primero en París y más tarde en Londres, donde con firmeza reclamó el título de Jefe del Gobierno republicano en el exilio. Desde la capital británica combatió el nazismo y soñaba con recuperar pronto la España democrática atropellada, todo ello bajo la atenta y opresiva acción del régimen franquista, con la complicidad de los numerosos valedores del partido conservador británico.

Mi padre, republicano y militante del Partido Socialista, detenido tres años en prisión y dos en los campos de concentración franquistas, desde 1936 a 1941, me decía que para algunos Juan Negrín actuó al dictado del Partido Comunista, mientras que los anarquistas y los socialistas partidarios de Largo Caballero lo calificaron de “hombre de paja” de Indalecio Prieto. Mi padre lo admiraba porque su gobierno no excluyó a nadie para combatir la sublevación militar fascista del general Franco y la agresión extranjera, y lo

gró aglutinar a las masas populares para proseguir, en condiciones difíciles, la lucha por la defensa de la legítima República española.

Juan Negrín fue un hombre que ha tenido enconadas réplicas que van desde el franquismo y la derecha más rancia hasta las invectivas más radicales de las filas socialistas. Tres autores se han acercado a la figura de Juan Negrín López: Santiago Álvarez, José Medina y Ricardo Miralles. Pero, de gran tradición en el tratamiento de la historia de la II República y la Guerra Civil, en Gran Bretaña y los Estados Unidos, recuérdese a Raymond Carr, Hugh Thomas, Paul Preston, Stanley Payne, entre otros, la forma foránea de interpretación del tema de la II República, la Guerra Civil y el régimen franquista, ofrece unas posibilidades de utilización de fuentes que permiten alcanzar la categoría de imprescindibles en la historiografía sobre la época.

Esta noche estamos expectantes por conocer la visión de uno de ellos sobre nuestro compatriota Juan Negrín, la del profesor Gabriel Jackson. Sin más, tiene la palabra.

G.J. En efecto. Después de la renuncia de Primo de Rivera, el rey nombró jefe del gobierno al general Dámaso Berenguer para que repusiera el sistema liberal suspendido por el dictador, lo que significaba restablecer la Constitución de 1876, la cual ya era inaceptable por republicanos, demócratas y muchos monárquicos; y salvar la figura del mismo rey, es decir, hacer ver que no fue responsable del golpe militar y de los seis años de dictadura de Primo de Rivera, objetivo imposible porque la mayoría de la sociedad española asociaba al rey Alfonso XIII con la dictadura de Primo de Rivera. Ante el fracaso, Aznar, que sustituyó a Berenguer, convocó elecciones municipales para el 12 de

abril y el triunfo de republicanos y socialistas fue sorprendente. Alfonso XIII descartó la resistencia y abandonó el país, proclamándose la II República el 14 de abril de 1931.

N.G. La República fue recibida con júbilo y entusiasmo por la población española, y a pesar de ser moderada en sus inicios (es decir, en junio se convocaron elecciones a Cortes Constituyentes, se proyectó la elaboración de la Constitución, y el triunfo en las primeras elecciones a cortes correspondió a los socialistas y republicanos, cuyos dos partidos, el Partido Republicano y Acción Republicana, eran fuerzas políticas de orden, pacifistas, enemigos de todo extremismo y cambios radicales) la alta burguesía y la oligarquía agraria, muy ligada a la Iglesia y la Monarquía, incluso la misma Iglesia, fueron bastantes hostiles a la democracia recién estrenada.

G.J. La República tuvo que enfrentarse a serios problemas políticos e institucionales. Fue un problema esencial la forma de Estado. Y dentro de éste, la reclamación de un estatuto especial para Cataluña y País Vasco. No olvidemos que tras la caída de la Monarquía, en Barcelona se proclamó una república separada de la de Madrid. Es verdad que duró dos días, pero fue una advertencia. Y en efecto, hubo sectores importantes de la sociedad española que no se resignaron a reconocer el régimen democrático. Por ejemplo, al día siguiente de proclamarse la República, el 15 de abril, la Iglesia ya dio muestras de desagrado. No se podía esperar otra reacción. A pesar de que mucha de su influencia se la debía a la aristocracia terrateniente y las buenas familias burguesas, no debemos de olvidar que su tradicional matrimonio con el Estado le había garantizado el monopolio de la educación, el control de la salud moral de los españoles y otra serie de poderes sociales. La Iglesia era conscien-



Alegoría de la República

te que la nueva legislación republicana acabaría con esa situación, además, sabía que los obreros y capas más desfavorecidas de los núcleos urbanos desconfiaban del catolicismo y de la Iglesia, alarmándole cada vez más el creciente auge del anticlericalismo presenta ya en el siglo XIX. Pero es más, antes del triunfo de la República grupos políticos como el carlista ya estaba preparándose para actuar contra ella. El 31 de marzo, Mussolini llegó a un acuerdo, por supuesto secreto, con los jefes carlistas que viajaron a Roma en busca de entrenamiento militar y armas para un futuro levantamiento contra la República. Antes de que 1931 tocara a su fin, ya habían creado un clima de violencia antirrepublicana en Navarra.

N.G. Eso avala la tesis según la cual desde mucho antes del alzamiento la ultra derecha ya tenía contactos con el fascismo de Italia y el nazismo de Alemania...

G.J. Ramiro Ledesma, cofundador en octubre de 1931 con Enésimo Redondo del

grupo de extrema derecha Junta de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) era un fervoroso admirador de Adolf Hitler y Benito Mussolini. Lo mismo podríamos decir de José Antonio Primo de Rivera, líder de la Falange Española, que rendía homenaje a Mussolini por su energía, sus dotes de orador e ideología. La subida de Hitler al poder en Alemania en enero de 1933 mostró a la derecha española que se podía colaborar para la destrucción de la República; la propia Juventud de Acción Popular (JAP), movimiento juvenil de la CEDA, organización que agrupaba a la derecha española y cuyo líder era Gil Robles, mostraba fascinación por la Alemania nazi y la Italia fascista y convocaban grandes concentraciones al estilo del fascismo italiano. Gil Robles y Nicolás Franco, hermano mayor del general sublevado, coordinaron acciones con ricos propietarios y banqueros que decidieron apoyar la rebelión militar. En marzo de 1934 una delegación de cuatro personas, monárquicos y carlistas, obtuvo del dictador italiano en persona la promesa de suministrar 20.000 fusiles y 200 ametralladoras. Aún no había fijada ninguna fecha para un alzamiento antirrepublicano, y ya Mussolini se lamentaba que ambos partidos monárquicos no se pusieran de acuerdo en un candidato para el trono. Durante los meses siguientes, jóvenes carlistas fueron a Italia disfrazados como oficiales peruanos. Parece que Mussolini no suministró armas antes del real

estallido de la guerra. Pero los carlistas compraron armas en la primavera de 1936, algunas fueron confiscadas en el puerto de Amberes, y 150 ametralladoras compradas en Alemania lograron introducirlas en España de contrabando antes de julio. La auténtica colaboración se dio en el alzamiento. Desde el principio, los conspiradores militares, con la estrecha connivencia de la derecha, contaron con la ayuda armada de Italia, Alemania y Portugal. En general se suele omitir la ayuda portuguesa, pero el general Sanjurjo vivió en Portugal durante todo el período de preparación del golpe y los emisarios de Mola pudieron en todo momento comunicarse libremente con él, es más la policía de fronteras portuguesa, desde el primer momento ayudó proporcionando armas y entregando todos los fugitivos republicanos a los golpistas.

N.G. Era difícil la experiencia republicana en un país con un pasado histórico como el español, donde el analfabetismo, el caciquismo, el odio, el catolicismo eran formas normales de convivencia. Por otro lado, las democracias liberales de Europa vivían unos años de debilidad en contras-



La Cruzada, emprendida por parte del ejército, con la bendición de la Iglesia

te con el auge de fortalecimiento de regímenes dictatoriales como los que estaban viviendo Alemania, Italia y Portugal. ¿Era difícil que no fracasara la República?

G.J. Era muy difícil que sobreviviera. El triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 fue por un número escasos de votos, y sin embargo se tomaron medidas políticas muy valientes, pero peligrosas. Se procedió a la tan solicitada amnistía y excarcelación de los presos del *bienio negro* tras los sucesos de octubre de 1934; se procedió a restablecer el Estatuto de Autonomía de Cataluña, suprimido en el mismo bienio derechista, desde 1934 hasta 1936; se declaró ilegal a la Falange Española por terrorista; se aceleró la aplicación de la tan delicada Ley de Reforma Agraria, etc. Además tuvo que enfrentarse a la difícil situación política que se respiraba en las calles. Las manifestaciones a favor de la amnistía parar los presos de 1934 acabaron en el sur en ciertos actos de vandalismo contra las iglesias y propiedades particulares. En respuesta a las manifestaciones izquierdistas, el 9 de marzo militantes de la falange atacaron con pistolas, en Granada, a un grupo de trabajadores y sus familias, causando graves heridas a mujeres y niños. La reacción no se hizo esperar y al día siguiente se incendiaron los locales de los falangistas, dos iglesias, los talleres del periódico ultra el *Ideal*, etc. A los pocos días, la extrema derecha incendió la casa de Largo Caballero, incluso se intentó asesinar a Jiménez de Asúa. A partir del triunfo de las izquierdas de 1936 la estrategia de la derecha con sus juventudes al frente fue violentar la vida de la calle y los elementos izquierdistas picaban en esta trampa, siendo cada vez mayor las refriegas callejeras entre los dos bandos. El terror fascista con sus desordenes callejeros pretendía justificar la imposición de un régimen autoritario. A todo ello había que añadir

le los problemas parlamentarios, con violentos discursos de uno y otro bando, el elevado número de desempleados, alrededor de un millón, la radicalización de los sindicatos, que exigió la aplicación inmediata del programa del Frente Popular, procediéndose a la ocupación de tierras en las zonas rurales, y muchos otros, aunque el escándalo del asesinato de José Calvo Sotelo favoreció enormemente el alzamiento militar.

N.G. ¿Cuál fue la actitud de los Estados Unidos y la Unión Soviética ante la sublevación de los conspiradores?

G.J. Estados Unidos estaba dominada por su aislamiento y neutralidad. El presidente Roosevelt, no sentía simpatía por los generales golpistas, es más, prefería a un Azaña o Prieto. El embajador en España, Claude Bowers, siguió siendo amigo del Gobierno republicano. Pero el Departamento de Estado recomendó a todos los cónsules la más estricta imparcialidad. El presidente y el embajador, así como el secretario de Estado Cordell Hull, eran partidarios de mantenerse al margen del asunto. No obstante, ya desde el mismo verano de 1936, los norteamericanos reconocían la importancia de la Guerra Civil de España; pero relativamente pocos americanos, pensaban que los Estados Unidos debían hacer un esfuerzo para influir en el resultado de la lucha. Sin embargo el gobierno americano no hizo ningún esfuerzo para interrumpir los envíos de petróleo de la Texaco a la España insurgente. Con respecto a la Unión Soviética fue la única potencia que coincidía en favorecer la causa de la República española. La prensa calificaba el levantamiento como un ataque internacional fascista contra un Gobierno democrático legítimo. En muchas fábricas y granjas colectivas soviéticas se celebraron reuniones de masas, y en agosto se había recaudado bastante víveres y



Federico García Lorca, poeta y dramaturgo asesinado en 1936 en la carretera de Granada a Viznar

medicamentos para España. No obstante, el Gobierno soviético actuó con gran precaución. Desde 1931, la España republicana y la Unión Soviética ni siquiera habían intercambiado embajadores, aunque habían estado a punto de hacerlo poco antes de la victoria electoral de las derechas en noviembre de 1933. Tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 la maquinaria diplomática se puso de nuevo en movimiento, pero no fue sino a finales de agosto cuando el primer embajador soviético llegó a Madrid. Los soviéticos no tenían intereses económicos o estratégicos directos en España. Los soviéticos se re-

frenaron de enviar armas durante los meses de agosto y septiembre, cuando pareció que había una ligera posibilidad de que el plan de no-intervención contuviera la ayuda de las potencias fascistas a los insurgentes españoles. Sin embargo, el 30 de agosto, el jefe de su servicio de inteligencia en la Europa occidental recibió órdenes de crear empresas fingidas, que pudieran comprar armas en Alemania y en varios pequeños países europeos, y luego embarcarlas hacia España en barcos escandinavos con documentación falsa en la que se indicase que el destino era Hispanoamérica o el Lejano Oriente.

N.G. ¿Y el resto de las potencias europeas?

G.J. El gobierno republicano apeló desde un primer momento a Francia. Uno de los primeros actos del nue-

vo jefe del Gobierno, José Giral, fue telegrafiar el 20 de julio a Léon Blum, socialista francés jefe del Gobierno. Blum representaba en Francia los mismos ideales democráticos de centroizquierda que Giral y su Gobierno en España. Además, España había negociado durante 1935 y a principios de 1936 un tratado comercial que incluía cláusulas referentes a la venta de equipo militar a España y el Gobierno contaba con su derecho legal a buscar la ayuda de otros gobiernos para suprimir la rebelión interna. La reacción inicial de Blum fue completamente positiva. Sin embargo, el viaje que hizo a Londres el 22 de

julio le hizo darse cuenta de que el Gobierno inglés simpatizaba con el levantamiento militar. El 25 de julio la prensa derechista de París publicó la noticia de la petición española y varios miembros del Partido Radical, preocupados, pidieron a Blum que desistiera de prestar ayuda. Estaba claro que ayudar abiertamente a la República española irritaría a Inglaterra, con la que las relaciones ya eran tensas y acabarían por dividir al Frente Popular, que gobernaba en Francia. Además, el Gobierno francés estaba dividido. El ministro del Aire, Pierre Cot, era decidido partidario de prestar ayuda al gobierno de la República española, mientras que el ministro de Defensa se negaba terminantemente a permitir a los pilotos militares franceses tripular los aviones que Cot se disponía a entregar. A pesar de todo, el ministro del Aire se apresuró a realizar una venta fingida de 50 aparatos a Finlandia y el Brasil; aparatos que pasarían por España «en ruta» hacia sus destinos inexistentes. En total, para la primera semana de agosto, Cot había despachado unos treinta aviones de reconocimiento y bombardeo, 15 cazas y unos 10 aviones de transporte y entrenamiento, aunque a decir verdad todos de modelos anticuados. El Gobierno inglés apoyó el golpe. En Italia y Alemania la opinión pública siguió de buena gana las indicaciones de sus gobernantes. Muchos especialistas italianos fascistas y alemanes nazis fueron destinados a España para apoyar a los insurgentes, y además marcharon con alta moral y una ingenua sensación de cumplir con el deber por servir a su *Duce* y a su *Führer* en la lucha contra el “bolchevismo español”. Por lo que respecta a Portugal, bajo la dictadura de Antonio Oliveira Salazar, las masas se habían alegrado de la victoria del Frente Popular, pero el Gobierno y los militares dieron toda clase de facilidades a los in-

surgentes durante la preparación de la sublevación, y desde el primer día de la Guerra Civil, Portugal fue una base apenas disfrazada que ayudó a los insurgentes.

N.G. Contra el “bolchevismo español” y más tarde contra el “bolchevismo soviético” con la llamada «División Azul».

G.J. En efecto. La invasión de la Unión Soviética por Alemania el 22 de junio de 1941 animó a Franco a formar de agosto de 1941 a octubre de 1943 la «División Azul» para luchar en el frente de Leningrado. En el discurso de aniversario del 18 de julio de 1941, afirmó que las potencias occidentales habían perdido la guerra y expuso la política española de «no beligerancia» hacia Occidente. Sin embargo, cuando la invasión alemana se vio rechazada y los Estados Unidos entraron en guerra en diciembre de 1941, Franco se mostró dispuesto a crear una «democracia orgánica» cuando le conviniera para evitar que las potencias occidentales se fijaran en él. Así, en julio de 1942 creó unas «Cortes» cuyos «procuradores electos» representaban a los grupos sindicales, municipios y cabezas de familia, por supuesto, adictos al régimen. **N.G.** Hay un aspecto de la guerra al cual siempre he sido muy sensible: la represión. Muy probablemente por la experiencia de mi padre: fue detenido, torturado, trasladado al campo de trabajo en Larache (Marruecos), y lo que era peor, testigo de la muerte de muchos de sus compañeros detenidos como él en la prisión de Fyffe, en Santa Cruz, que fueron pasados por las armas sin garantías judiciales en un descampado a las afueras de la ciudad. La muerte se apoderó de la contienda con total impunidad...

G.J. Igual que en el resto de España. En la zona dominada por los insurgentes se desarrolló una feroz represión encaminada a impedir la resistencia. Los insurgentes procedieron a buena conciencia a fusilar a

milicianos de la UGT y CNT y a todos los que empuñaban las armas en defensa de la República, además de a muchos cargos al servicio del régimen democrático. Había que librar a España de la “semilla marxista”. Los dirigentes políticos de derechas y los sacerdotes se encargaban de identificar a los supuestos elementos de izquierdas y cada noche las milicias carlistas y falangistas sacaban de la ciudad camiones llenos de presos para darles muerte en los cementerios o en los campos de los alrededores. Desde 1936 a 1944, Franco estableció su autoridad sobre la base de una masiva represión. Se eliminó entre 150.000 y 200.000 hombres, que no fueron juzgados en su totalidad por un consejo de guerra. Es más, a partir de 1944 le bastó el recuerdo del terror para reducir a la izquierda a la impotencia y la corrupción económica para neutralizar a los militares o falangistas susceptibles de oponerse a su régimen dictatorial. En febrero de 1939, cuando la guerra se acercaba a su fin, se promulgó una Ley de Responsabilidades Políticas como base para castigar legalmente a todos quienes, de palabra u obra, se opusieran al «Movimiento Nacional». La Ley se aplicaba a los oponentes desde el 1 de octubre de 1934. De esa manera varios cientos de miles fueron sometidos a un proceso por haber apoyado a los mineros asturianos, a los autonomistas catalanes, por ser de izquierda o por ser oponente militar o civil de la insurrección del 18 de julio. En julio de 1939 se reforzó la represión mediante la Ley contra la Celebración de Asambleas Públicas, y la seguridad del Estado fue reforzada aún más en marzo de 1940 por medio de la Ley contra la Masonería y el Comunismo, a la que en marzo de 1941 siguió la Ley de Seguridad del Estado.

N.G. «Movimiento Nacional», unas palabras aterradoras, encargado de cumplir la

represión que Franco iba estableciendo en las plazas ocupadas, y que sobrevivió hasta la democracia.

G.J. El 19 de abril de 1937 Franco eliminó todos los vestigios de partidos políticos existentes, uniendo a los monárquicos alfonsinos, los carlistas, los nacionalsindicalistas y falangistas en un solo partido: la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. A este partido posteriormente se le dominó «Movimiento Nacional», y no tenía otra función que obedecer y transmitir las órdenes del dictador, además de velar por el orden, y el orden significaba reprimir salvajemente cualquier oposición a la dictadura.

N.G. Hoy estamos asistiendo a la proliferación de un gran número de investigaciones históricas que nos están ilustrando de la gran tragedia humana que fue la Guerra Civil de España. Pedro Laín Entralgo afirmó que “el trauma de la Guerra Civil tan sólo se podrá olvidar después de haber conocido íntegramente la verdad de lo ocurrido”. Coincido plenamente con Laín Entralgo, aunque no es de mis pensadores españoles preferidos. Yo creo que para que jamás se vuelva a repetir este pasado trágico de nuestra historia, jamás debemos olvidarlo, ni ocultarlo y menos negarlo. ¿No lo crees así?

G.J. Tienes toda la razón. Es necesario investigar el estremecedor episodio de la guerra. España ha vivido estos veinte y tantos años de democracia al margen de este hecho crucial, con las notables excepciones de los historiadores que lo investigan, y lo digo con conocimiento de causa, pues resido en Barcelona desde hace muchos años. Desde el poder, las instituciones y los medios intentan barrarlo de la historia inmediata del país, sin embargo creo que las generaciones más jóvenes deben tener la oportunidad de conocer los hechos históricos de una de las páginas más ne-

gras de la historia de España, precisamente, por un lado, para que no se repita y, por otro, para fortalecer el soporte moral e ideológico de una sociedad basada en la democracia y el pluralismo.



Caja Canarias

***OBRA SOCIAL
Y CULTURAL***

